

FRANCESCO PETRARCA

ITINERARIO CARTA A LA POSTERIDAD

Edición bilingüe a cargo de
ALFONSO LOMBANA SÁNCHEZ,
IGNACIO VERDÚ BERGANZA
y EDUARDO BAURA GARCÍA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2026



Esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura,
a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y
de la Lectura

Edición y traducción de Alfonso Lombana Sánchez, Ignacio Verdú Berganza
y Eduardo Baura García

Cubierta: imagen digital a partir de *Chimes* (1928), de Paul Klee
Guardas: diferentes retratos de Petrarca

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2026
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2310-0
Depósito legal: S. 259-2026
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

1. Vida de Petrarca, 9
2. La renovación del saber en Petrarca, 18
3. Los textos: nota crítica, 25
4. Sobre la traducción, 33
5. Bibliografía, 34

ITINERARIUM - ITINERARIO

Raro admodum spei nostre rerum
exitus respondent, 40

Los desenlaces de las cosas
rara vez se corresponden, 41

AD POSTERITATEM - A LA POSTERIDAD

I

Fuerit tibi forsán de me aliquid auditum, 114
Puede que hayas oído algo de mí, 115

II

Primum illum vite annum, 122
El primer año de mi vida, 123

III

Raro unquam pater, 138
Rara vez un padre, 139

INTRODUCCIÓN

1. VIDA DE PETRARCA

Francesco Petrarca (1304-1374) tuvo una vida, cuando menos, tan azarosa y prolija como su obra literaria. El laureado poeta nació el 20 de julio de 1304 en Arezzo¹, una localidad toscana que fue cuna de otros muchos literatos y artistas como Piero della Francesca, Masaccio o Giorgio Vasari.

El motivo de que Petrarca naciera allí, «en el exilio de Arezzo», como él mismo nos recuerda en una de las obras contenidas en este volumen, *Carta a la posteridad*², tiene que ver con la adscripción política de su padre. Francesco era hijo del notario florentino Ser Pietro di ser Parenzo y de Eletta Canigiani. El padre de Petrarca era, como Dante, partidario de los güelfos blancos e, igual que el célebre poeta, en 1302 se vio obligado a abandonar su ciudad, Florencia, en su caso para refugiarse en Arezzo.

En 1309, Ser Pietro, que ya por esta época es llamado con frecuencia «Petrarca» (sobrenombre que habría de heredar su hijo), pasó al servicio de la curia pontificia,

1. Cf. Pet. Post. 6. La fecha exacta la conocemos también por Pet. Sen. 8, 1.

2. Pet. Post. 6.

recién instalada en Aviñón, como notario. Ello provocó el traslado de toda su familia, incluyendo a su mujer y sus dos hijos –había nacido ya Gherardo, hermano de Francesco– a los alrededores de esta localidad, instalándose finalmente la familia en la vecina población de Carpentras.

Fue aquí cuando dio comienzo la educación de Francesco a manos de Convevole da Prato, encargado de introducir a los hijos de Ser Pietro en los estudios «de gramática, dialéctica y retórica, según lo permitía la edad»³. Esto permitió al joven Francesco un primer acercamiento a los autores latinos, cuyo cultivo jamás abandonaría.

Unos años después, en 1316, ambos hermanos fueron enviados a Montpellier, donde comenzaron la carrera de Derecho, una formación que continuaron en la ciudad de Bolonia tras la muerte de su madre, acontecida en torno al año 1319. Sin embargo, en 1326, tras la muerte de su padre, principal interesado en su formación jurídica, el joven Petrarca abandonó definitivamente sus estudios con el objetivo de dedicarse a su auténtica vocación: el cultivo de los clásicos y la escritura. En la *Carta a la posteridad* lo explica de una manera elocuente y directa: «Cuando se acabó la tutela de mis padres, acabé yo también definitivamente con estos estudios [...] porque su cultivo ha sido mancillado por la maldad del hombre. Por tanto, me causó rechazo tener que aprender algo que posteriormente no querría ejercer con deshonestidad»⁴.

No obstante, consciente de la necesidad de garantizarse un sustento que le permitiera dedicar el tiempo libre a su labor literaria, Petrarca volvió a Aviñón y entró

3. Pet. Post. 29.

4. Pet. Post. 31.

al servicio de la poderosa familia de los Colonna, que «iluminaba la Curia romana»⁵. Estos años de estancia en Aviñón fueron muy fructíferos para su vida privada, por cuanto fue entonces cuando conoció a los que habrían de ser grandes amigos a partir de entonces —entre ellos, Lello di Pietro di Stefano dei Tosetti («Lelio») y el músico flamenco Ludwig van Kempen («Sócrates»), a quien dedicó las *Epístolas familiares*— y entró en relación con importantes personalidades de la Iglesia y de la cultura, unos contactos que habrían de resultarle muy útiles en el futuro.

Aunque en su *Carta a la posteridad* no habla de ello, en Aviñón tuvo lugar el acontecimiento más importante en la vida del poeta: el 6 de abril de 1327, en la iglesia de Santa Clara, conoció a Laura. Tras este encuentro, decisivo para explicar su vocación poética, Laura —fuera esta quien fuera⁶— se convirtió en la musa que inspiraría sus más importantes creaciones literarias, incluyendo el célebre *Cancionero*.

En torno al año 1330, Petrarca ingresó en la carrera eclesiástica, presumiblemente tomando las cuatro órdenes menores, para convertirse poco después en capellán y secretario personal del cardenal Giovanni Colonna. Se ha especulado mucho acerca de los verdaderos motivos de esta decisión de Petrarca, que era un hombre de pro-

5. Pet. Post. 34.

6. Se ha debatido mucho acerca de la identidad de esta mujer, e incluso algunos expertos han sugerido que podría no haber existido. Según estos autores, Laura podría ser fruto de la fusión de diversas mujeres que Petrarca conoció durante su vida, o incluso podría tratarse de la personificación de una mujer ideal bajo un nombre que claramente evoca ya al laurel poético. Sobre estas cuestiones son interesantes las reflexiones de Nicholas Mann en su introducción al *Cancionero*, Madrid 2011, 68-73.

funda religiosidad, pero cuya vida privada apenas cambió después de haber sido ordenado⁷. Algunos críticos han apuntado que esta decisión estuvo motivada por la necesidad de asegurarse unos ingresos constantes que le permitieran consagrarse por entero a la literatura⁸.

Ya en esta época, Petrarca se inició en el cultivo de la literatura latina, como lo prueba su edición crítica de las *Décadas* I, II y III de Tito Livio llevada a cabo en estas fechas. También se refiere a ello en *Carta a la posteridad*: «Entre otras muchas cosas, me dediqué a la historia de la Antigüedad, ya que esta edad presente siempre me ha desagradado hasta el punto de que [...] habría deseado nacer en otra época. En este sentido, me he deleitado con los historiadores»⁹.

Quizá el acontecimiento que más pudo influir en su decisión de dedicarse a la literatura se produjo en uno de los viajes que acometió como enviado del cardenal Colonna: fue en la ciudad de Lieja, en 1333, y consistió en el descubrimiento del *Pro Archia poeta* de Cicerón. Este discurso, perdido desde hacía siglos, había sido pronunciado por el célebre escritor latino en el 62 a.C. en defensa de su maestro griego Archia (Arquias), a quien sus rivales querían negar la ciudadanía romana. En dicha alocución,

7. Por ejemplo, a lo largo de su vida, Petrarca tuvo dos hijos ilegítimos, Giovanni y Francesca. Sus obras reflejan una constante lucha por adecuar su comportamiento a sus concepciones morales y religiosas.

8. Ferguson es uno de los autores que se manifestó en este sentido, cf. *The Revival of Classical Antiquity*, 16. E. H. Wilkins también estudió la trayectoria eclesiástica de Petrarca, y sugirió una necesidad económica como posible motivo para la toma de órdenes del poeta, además de indicar que no hay documentos que demuestren fehacientemente que Petrarca llegara a recibirlas, ya que en esa época no eran un requisito indispensable para obtener beneficios eclesiásticos. Cf. Wilkins, *Petrarch's ecclesiastical career*.

9. Pet. Post. 22-23.

Cicerón ensalzó el cultivo de la poesía y creó el concepto de «estudios humanísticos», aportaciones ambas que habrían de marcar toda la obra de Petrarca¹⁰.

Entre 1336 y 1340, encontramos a Petrarca recluido en su casa de Vacluse, una localidad cercana a Aviñón adonde se retiró para poder dedicarse por entero a la literatura. En estos fructíferos años, «cautivado por la dulzura del lugar»¹¹, Petrarca escribió o empezó aquí obras como *Africa* y el *De viris illustribus*, *Bucolicum carmen*, *De vita solitaria*, así como muchos de los poemas que habrían de formar parte del *Cancionero*.

Es precisamente en 1336 cuando Petrarca experimentó una intensa vivencia espiritual y personal que lo llevó a replantearse su modo de comprender el mundo y la existencia. En una bella epístola¹², el poeta describe este momento en el marco de una ascensión, posiblemente más simbólica que real, al Mont Ventoux, que acaba convirtiéndose en una suerte de viaje iniciático en el que, acompañado de su hermano Gherardo y de las *Confesiones* de san Agustín, se le reveló la conveniencia de dejar a un lado su éxtasis poético para dedicarse al cultivo de la moral y la trascendencia¹³.

10. Reeve, *Classical Scholarship*, 20-21. Como bien explica Nicholas Mann en un artículo dedicado al respecto, Cicerón englobó las artes liberales (gramática, retórica, poesía, historia y filosofía moral) bajo el término «studia humanitatis»; cf. Mann, *The origins of humanism*. Siglos después, este término dio pie al concepto de «humanismo», un vocablo tan manido como etéreo; cf. Hay, *The Italian Renaissance*, 9.

11. Pet. Post. 42. Al respecto, añade: «prácticamente todas las obritas que han emanado de mí fueron escritas, iniciadas o concebidas aquí».

12. Cf. Pet. Fam. 4, 1.

13. El carácter eminentemente simbólico de esta ascensión lo han defendido, entre otros autores, Arqués Corominas, en su introducción a Petrarca, *Mi secreto. Epístolas*, Madrid 2011, 46, y Ascoli, *Petrarch's Middle Age*.

Este cambio, que podría describirse como la conversión del *philologus* en *philosophus* —en palabras de Francisco Rico¹⁴—, tuvo asimismo su traducción en un anhelo de renovación interior del propio Petrarca. En la mencionada carta, el poeta describe con íntima franqueza esas tempestuosas batallas que tenían lugar en su interior, entre las tentaciones y la voluntad: «Aquello que solía amar, ya no lo amo; miento: lo amo, pero menos. He aquí que he vuelto a mentir: lo amo, pero con más pudor y más tristeza; al fin he dicho la verdad. Pues así es, en efecto: amo, pero lo que querría no es amar, sino odiar; amo, pero contra mi voluntad, a la fuerza, con pesar y dolido»¹⁵.

No obstante, en el terreno de su dedicación literaria el cambio no fue tan drástico, pues después de 1336 continuaría con su labor poética, si bien con menor intensidad que antes. Prueba de ello es que cinco años después, en 1341, lo encontramos en Roma recibiendo la corona de laurel que lo acreditaba como «magnus poeta et historicus», distinción que había buscado con ahínco desde sus inicios en la poesía y que, como él mismo explica en su *Carta a la posteridad*, acabaría logrando gracias a la ayuda de Roberto de Anjou, rey de Nápoles. Todo el proceso de este nombramiento, con las dudas que lo rodearon a la hora de aceptarlo, se narran con detalle en esa epístola¹⁶.

En 1343, Petrarca abandonó la confortable morada francesa para instalarse en su patria. Durante la década de

14. F. Rico, en la introducción a su edición de Petrarca, *Obras I: Prosa*, Madrid 1978, xv.

15. Petrarca, *Mi secreto*, 436-439 (edición citada en nota 13).

16. Cf. Pet. Post. 46ss.

ITINERARIUM
ITINERARIO

¹ Raro admodum spei nostre rerum exitus respondent: sepe premeditata destituunt, insperata contingunt, neque id mirum cuiquam esse debet, mirum potius siquid aliter accidat. ² Siquidem ratio principia rerum regit, eventum Fortuna moderatur, nichil autem magis adversum rationi quam Fortuna; itaque sepe telam quam ingeniose illa quidem ordita erat, hec impetuose ante tempus abrumpit. ³ Quod probatione utinam egeret *neque* his querelis adeo vita hominum plena esset, ut iam fere nil aliud ingemiscat! ⁴ Sed, ut ad rem nostram veniam, decreveras quidem me, volentem, fateor, optantemque, vie comitem habere. ⁵ Nam que usquam optabilior aut sanctior via est? ⁶ Que iustior peregrinatio, quam ad sepulcrum ubi ille iacuit, cuius temporalis mors immortalitatem nobis et eternam vitam peperit? ⁷ Sepulcrum ubi, si dici fas est, et victa mors simul et victrix vita sepulta est. ⁸ O beatum iter et invidiosum cristiano animo spectaculum! ⁹ Hinc ego nunc nescio quibus peccatorum vectibus arceor uncisque detineor. ¹⁰ Infans quidem, ut Flaccus ait, pudor loqui prohibet, sed imperiosa ve-

1. Posible evocación de Cic. tusc. 3, 49.

2. Cf. 2 Tim 1, 10.

1 Los desenlaces de las cosas rara vez se corresponden con nuestra esperanza: lo que se premedita falla, lo que no se espera acontece, así que no debe sorprender que algo sorprendente suceda. 2 La razón rige los principios de las cosas, pero Fortuna controla su devenir, y nada hay más adverso a la razón que Fortuna, hasta el punto de que ella misma rompe con ímpetu y antes de tiempo la tela que con tanto cuidado se había estado urdiendo¹. 3 Ojalá no fuera tan evidente y la vida del hombre no estuviera tan repleta de estos lamentos, ¡ya casi no se queja de otra cosa! 4 Mas, para volver a lo nuestro: habías pensado en tenerme por compañero de tu viaje, a mí que, lo confieso, lo quería y deseaba, 5 pues ¿qué viaje hay que sea acaso más deseable y santo? 6 ¿Qué hay más justo que una peregrinación al sepulcro donde yació Él, cuya muerte temporal nos ha dado la inmortalidad y la vida eterna?² 7 Un sepulcro donde, si así puede decirse, se enterraron al mismo tiempo la muerte vencida y la vida victoriosa³. 8 ¡Oh, viaje feliz, espectáculo envidiable para el alma cristiana! 9 No sé bien por qué lazos del pecado me siento atado y con qué cadenas retenido. 10 En verdad, como dice Flaco⁴, se calla lo que el pudor prohíbe que se diga, pero la verdad imperiosa exige que nos pronunciemos y a mí

3. Paráfrasis de 1 Cor 15, 55-57.

4. Hor. ser. 1, 6, 57.

ritas fari iubet et ut paream cogit. ¹¹Cum multe igitur me teneant cause, nulla potentior quam pelagi metus, non quod aut vite cupidior aut timidior mortis sim quam ceteri mortales, aut terrestrem mortem maritime preferendam rear: neque enim in loco sed in animo est quod felices facit et miseros, et cum ubique moriendum sciam, ubi sit mori melius ignoro. ¹²Frustra bellum et maria vitamur, frustra labores fugimus perituroque parcimus corpusculo; in medias voluptuosorum latebras inque ipsos regum thalamos invisa mors penetrat et sepe quam forte labor et exercitium distulissent, iners luxus anticipat. ¹³Semel utique moriendum est et hanc mortem ut arcessere vetitum, sic evitare velle dementia est, procrastinare mollities; at equanimiter expectare, tanquam ubique proximam et horis omnibus affuturam, ea virtus eximia est verumque viri opus. ¹⁴Secundam mortem omni nisu fugere consilium erat, sed ita se res habet: ad impossibilia studium omne conversum est. ¹⁵Non mori, non egrotare, non laborare, non dolere, non servire, non egere volunt omnes, non peccare vult nullus, cum ea vera et maxima mortis et egritudinis et laboris et doloris et servitutis et penurie causa sit. ¹⁶Michi vero nunc forte dicat aliquis: «Si mortem ergo

5. Como es sabido, Petrarca fue un lector asiduo de san Agustín, autor que influyó notablemente en su pensamiento, en su aprecio por los autores clásicos y en su admiración por Platón. En este caso, parece hacer suya la afirmación agustiniana, presente en las muy queridas para el poeta laureado *Confesiones*, de que Dios nos habita, más íntimo que lo más íntimo nuestro y más elevado que lo más elevado nuestro (Avg.

me exige obedecer. ¹¹ Hay muchas causas que me retienen, pero ninguna es más poderosa que el miedo al mar; no es porque sea más amante de la vida o más temeroso de la muerte que el resto de los mortales, ni tampoco porque me parezca mejor la muerte terrestre que la marítima; lo que nos hace felices o miserables, no se encuentra en ningún otro lugar salvo en el alma⁵, y aunque sé que nos tendremos que morir en algún sitio, no sé dónde es mejor morir. ¹² En vano evitamos la guerra y los mares, en vano huimos de los esfuerzos y exoneramos a un pequeño cuerpo destinado a perecer: la muerte detestable penetra hasta en los escondrijos de los voluptuosos y en los lechos de los reyes, y la lujuria inerte anticipa frecuentemente lo que quizás habrían retrasado el esfuerzo y el ejercicio. ¹³ Alguna vez hay que morir, no hay duda, pero tan prohibido está invocar esta muerte como propio de locos es querer evitarla, y de tibios, postergarla; la virtud eximia y la obra verdadera del hombre consisten precisamente en aguardarla con ánimo sereno, próxima por doquier y presente en cada hora. ¹⁴ Se recomendaba huir de la muerte postrera de cualquier manera, pero así son las cosas: todo el empeño ha virado hacia cosas imposibles. ¹⁵ No morir, no enfermar, no esforzarse, no sufrir, no servir, no carecer de nada... ¡eso lo quieren todos! Pero no pecar... eso no lo quiere nadie, aun cuando (el pecado) es la causa real y primera de la muerte, la enfermedad, el esfuerzo, el dolor, la servidumbre y la penuria⁶. ¹⁶ Habrá quien me diga algo

conf. 3, 6), o la presente en el libro X: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tu estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba» (Avg. conf. 10, 27).

6. Cf. Rom 5, 12; 6, 13. Posible eco de Avg. civ. 14, 3, 1-3, y de Plat. ap., en torno a la idea de que el mayor mal no es la muerte.